

**Pérdida de la fe** [Glaubenverlust; 1978].  
Vilém Flusser, Medienkultur. Cap.II, [29-40]

Respecto del puesto del hombre en la sociedad -o de la sociedad como un tramado de seres humanos- uno se podría representar la siguiente imagen: la de un tejido que almacena y produce informaciones. En este tejido, que uno podría imaginarse compuesto por hilos, fluyen las informaciones. Podríamos denominar a estos hilos “canales” o “medios”. Podríamos seguir imaginándonos que los hilos se cruzan de ciertas maneras, y que en tales cruces se multiplican y congestionan las informaciones. Se podría designar a estos puntos nodales con diversas palabras, según sea el campo de interés en el que uno se haya propuesto usar la imagen: por ejemplo, con nombres como “espíritu, intelecto, alma” o con nombres como “individuo”, “ser individual” y, finalmente, con nombres como “emisor” y “receptor”. Si la representación de un tejido pulsado por las informaciones resultase, y en la cual la congestión en el tránsito se produjese en los puntos nodales -un esfuerzo en apariencia simple para imaginación-, habríamos conseguido así alcanzar una imagen potencialmente fructífera para tomar decisiones sobre una serie de cuestiones, concernientes a la crisis actual de la cultura.

La imagen tiene la ventaja de desconectarse de una serie de cuestiones que aparecen como insignificantes y con ello acercarnos a otras cuestiones que para ella tienen una posición inusualmente central. A las cuestiones insignificantes pertenece por ejemplo, la así llamada dialéctica entre hombre y sociedad: ¿el hombre es un producto de la sociedad o la sociedad es el producto del hombre y, por tanto, entre ambos existe una tensión? ¿Está el hombre puesto en función de la sociedad o es la sociedad la que está puesta al servicio del hombre? ¿Existe una “conciencia colectiva” en oposición a una individual, un “alma popular” en oposición a un “alma individual”, es el individuo un portador de cultura o es alguien que es portado por la cultura? En relación a la imagen, esta pregunta ha perdido toda significación. Lo concreto en la imagen son los hilos (los “medios”, por tanto, las relaciones que se transmiten), y los puntos nodales así como el tejido configurado por él son, en la imagen, abstracciones. El hombre y la sociedad aparecen en la imagen como los modos de funcionamiento de los canales de información, los que pueden ser asidos como cosas. Lo que uno puede captar, cuando uno echa mano del tejido, son los hilos. Es por ello que, en la imagen, la dialéctica entre hombre y sociedad aparece como una vacía escaramuza de una situación concreta con horizontes abstractos: El “espíritu” no es ni un producto cultural, ni la “cultura” un producto espiritual, sino que ambos, cultura y espíritu, son aspectos de un “campo” de procesos de información.

A las cuestiones que tienden a hacérsenos presente desde un lugar poco habitual pertenece, p. ej., la cuestión acerca de la memoria: Se ha convertido directamente en la pregunta decisiva para la crisis actual. No, como si esta cuestión no hubiese sido asumida o fuese a asumir una posición central en otros contextos. Por ejemplo, para la filosofía griega, a lo menos desde Sócrates, la memoria ha sido un lugar donde las ideas han sido preservadas y donde el hombre se ha liberado de los errores de la mera apariencia. Para el judaísmo la memoria es un lugar donde viven los muertos, y el otro lugar es por

tanto una “bendición”, el sitio donde se vive la inmortalidad. Para los psicólogos se trata del lugar donde se procesan o no las vivencias, donde hay que atacar si es que se quiere uno liberar del lastre de la experiencia lo vivido. Para la cibernética la memoria es el lugar donde se disponen y almacenan las informaciones y donde existe la posibilidad de simular no solo la memoria humana de manera artificial, sino de superarla también ampliamente en sus diferentes aspectos. Y no obstante se hayan multiplicado fácilmente tales ejemplos, para el rol central de la memoria en contextos totalmente diferentes, también es cierto que en la imagen propuesta se plantea la pregunta por la memoria de un modo inusual y con una agudeza inhabitual: ¿de qué manera han de ser almacenadas las informaciones para que sea posible en principio hablar del “hombre” y de la “sociedad”, de una memoria individual y de una memoria colectiva?

La radicalidad de esta pregunta no ha de ser buscada solamente en la antropología conforme a la cual el hombre es una “memoria”, o sea no en un algo concreto –“conciencia”, una “cosa pensante”-, sino en un punto de reunión de relaciones (informaciones). Su radicalidad consiste, entonces, no sólo en una amalgama de cuestionamientos anteriores como el socrático, el judío, el psicológico, el cibernético, el genético, el historicista, etc.: para ella el hombre es una “memoria” en todos estos y los otros sentidos de la palabra. La radicalidad de la pregunta consiste, ante todo, en que en ella el hombre sea cuestionado como un método y no como una cosa, “existencialmente” y no “esencialmente”, de modo que con la pregunta “¿de qué manera han de ser almacenadas las informaciones?” sean considerados como existentes todos los aspectos pasados y presentes de la memoria. De la respuesta a esta pregunta existencial por la memoria depende entonces, en principio, la decisión acerca de la actual crisis de la cultura. La pregunta de cómo sean almacenadas las informaciones se convierte en una pregunta fundamental, sobre la que debemos tomar una posición, si es que queremos comprender nuestra situación y ejercer sobre ella alguna influencia.

No es extraordinariamente difícil encontrar una respuesta. Ella diría: las informaciones son almacenadas en códigos - en donde “códigos” han de significar símbolos ordenados en sistemas. Con todo, la respuesta parece presuponer que se ha encontrado una clara diferenciación entre las así llamadas informaciones heredadas e informaciones adquiridas. No obstante este presupuesto no está del todo justificado. Existe un amplio ámbito intermedio de informaciones de las cuales es casi imposible decir si acaso son innatas o fueron aprendidas, por ejemplo: respecto del lado de la “naturaleza” las informaciones que se refieren al desplazamiento, y del lado de la “cultura” las informaciones que dicen relación con el hablar. A pesar de ello podemos dejar de lado esta dificultad: el ritmo según el cual se producen las modificaciones en el ámbito de las informaciones heredadas, como en la innata “capacidad de hablar”, tiene dimensiones transhumanas y ha de ser dejada fuera de consideración en su inercia suprahumana. Ese es el motivo por que el acentuar la “condición natural” del hombre es siempre un síntoma de una “traición al espíritu”: se la acentúa, porque es humanamente imposible ejercer algún influjo sobre ello.

La imagen propuesta de un tejido almacenador de informaciones tiene que ver solamente con informaciones adquiridas, porque la pulsación, dentro de la que oscila el tejido “sociedad”, tiene dimensiones humanas: las modificaciones que acontecen en el ritmo del pulsar son vivenciables. De este tipo de informaciones se ha dicho, que son almacenadas en forma de código, lo que quiere decir en forma de sistemas de símbolos. El carácter simbólico de las informaciones almacenadas resulta decisivo para su comprensión: han de ser aprendidos en dos niveles su “contenido” – el “mensaje” de la información – puede experimentarse recién cuando su forma – el código en que el que la información es cifrada - es aprendido. Solo han de ser grabadas aquellas informaciones para cuyos códigos se halle programada una memoria dada. La memoria que presentamos en la imagen que hemos propuesto ha sido representada según esto como una memoria programada colectivamente para un código específico. Las informaciones cifradas en códigos y que no están puestas en el programa de una sociedad dada no han de ser asimiladas por ella como informaciones.

La cuestión de como es que penetran las informaciones en el tejido ha sido planteada de una manera falsa: para que algo sea considerado como “información” una influencia dada tiene que estar codificada. Ésta pregunta tiene sentido si se la divide en: “¿de dónde provienen los influjos codificables?”: “¿de dónde vienen los códigos?”. A más tardar con Kant ha quedado demostrado que la primera pregunta es “metafísica” en el mal sentido de ésta palabra, porque no entrega un método evidente para dar una respuesta con sentido: toda respuesta posible para tener pleno sentido tendría que estar codificada ella misma y de allí anticiparse a sí misma, por contrario en el último tiempo ha quedado demostrado que la segunda pregunta no permite desde el punto de vista kantiano un acercamiento previsible: habría que decir, como surgen los códigos -eso que Kant llamaba las categorías de la razón.

Del tejido expuesto se ha dicho no solamente que en él se almacenan las informaciones sino también que en el se producen informaciones. Puesto que las informaciones simbólicas se mueven por así decirlo en dos niveles –en el nivel del “mensaje” y en aquel del código-, tiene que hablarse de una producción de información en dos niveles. En ambos puede ser observado una producción de información en el tejido de la sociedad. En el nivel del mensaje se produce nueva información cuando un número de memorias individuales son ensambladas o acopladas de tal manera que en las memorias sean intercambiadas las informaciones almacenadas. Con este proceso denominado “diálogo” surge información nueva a través de la síntesis de informaciones ya presentes –por tanto lo contrario de aquella perdida de información que surge cuando las informaciones no simbólicas por ejemplos en vasijas comunicantes son acopladas de modo similar. Un impresionante ejemplo para este tipo de acoplamiento es la estructura del discurso científico: los diálogos que en él circulan escupen un flujo nuevo de informaciones como una verdadera avalancha dentro del tejido. Para la pregunta que aquí se plantea, sin embargo la producción de información en el segundo nivel, aquel del código, resulta decisiva.

Por cierto podría, decirse en un sentido lato que se han “acuñado” nuevos códigos. Lo que significa: que en un lugar específico del tejido, en el entorno de un pequeño número de puntos nodales se han cifrado nuevas informaciones de un nuevo tipo y en verdad de una forma que puede expandirse sobre una extensión amplia del tejido, aunque no deba hacerlo. Esta descripción es la que se corresponde con el surgimiento del código del tipo “código Morse” (Morse ha “acuñado” un código el cual fue “adoptado” en un círculo específico). Por otro lado esta descripción se haya en concordancia con una estética romántica en virtud de la cual los poetas expresan lo hasta ahora indecible en la medida en que “acuñan” nuevos sistemas de símbolos. Sin embargo, si miramos más de cerca uno reconocer que con esta descripción ciertamente se capta la producción de los *subcódigos* emergiendo como hongos después de la lluvia –de los códigos de las ramas individuales de la ciencia, de las tendencias individuales del arte, de las ideologías políticas individuales-, y que empero la producción de códigos *fundamentadores* los que programan a una sociedad dada no pueden ser asidos con esto. Mediante esta observación se toca simultáneamente el núcleo de la pregunta por el surgimiento de los códigos, esto es por el método mediante el cual se almacenan las informaciones: la pregunta por la *jerarquía* de los códigos.

Obviamente que no puede hablarse de un “código fundador definitivo”. No solo cada código presupone otros, a saber aquellos en los cuales el fue “acuñado” –el código Morse la lengua inglesa, la lengua inglesa los lenguajes anteriores, etc.-, sino que la pregunta por el origen del codificar en general (esto es la pregunta por el origen del hombre y la sociedad); es como aquella pregunta por el origen que esta seguramente mal planteada. Sin embargo, podrían distinguirse con relativa facilidad diferentes *niveles de códigos*: por ejemplo resulta intuitivamente evidente que la lengua alemana es más fundamentadora que los diferentes idiomas especializados, en los que han sido traducidas las informaciones de pequeños círculos. El mejor criterio para la diferenciación de niveles de códigos es el estructural: existen algunas estructuras fundamentales según las cuales pueden ser ordenados los símbolos en códigos, y mientras más evidentemente claras se hagan tales estructuras fundamentales en un código, tanto más fundador es este código. Un criterio semejante no tiene la intención de negar la dinámica y la permeabilidad de la mayoría de los códigos: poner en entre dicho de que ellos están constantemente modificándose e interactuando. El criterio tiene la intención de poder distinguir precisamente estas fusiones y modificaciones relativamente superficiales de aquellos acontecimientos en los cuales surgen fundamentalmente códigos nuevos.

Uno puede diferenciar las estructuras de los códigos según dimensiones, esto es aquellas reglas conforme a las cuales se ordenan los símbolos en sistemas: las estructuras lineales, de superficies, corporales y temporeo espaciales. Por ello es importante fijarse que cada estructura es capaz de ordenar una serie de símbolos completamente variable. Por ejemplo los códigos lineales pueden ser contruidos a base de letras (escritura alfabética), números (código matemático), imágenes (código filmico), nudos (código incaico), piedritas (ábaco) y de una completa serie de otros símbolos. Cada estructura es capaz de cifrar una serie de tipos totalmente distintos de

información. No obstante a pesar de ello todas apuntan en una estructura fundamental específica de informaciones codificadas a un carácter común, que se distingue radicalmente de informaciones codificadas de otro modo, aunque los símbolos deban ser idénticos. Los códigos lineales por ejemplo son “leídos”, esto quiere decir que los símbolos individuales son descifrados (recolectados) en uno después del otro, en un orden sucesivo. Este carácter fundamentador de las informaciones que son cifradas linealmente no es afectado por el tipo de símbolo: los filmes son leídos, y las fotografías son descifradas de otro modo aunque ambos códigos hayan sido compuestos a partir de símbolos muy similares.

Cada una de estas formas fundamentadoras de código responde a un “universo de significado”, el cual ordena por su lado los significados de los símbolos ordenados en códigos conforme a reglas respectivas. De esa forma al código lineal por ejemplo le corresponde “un universo de procesos” en los cuales los significados de las informaciones son ordenados en series, mientras que a los códigos de superficie les corresponde un “universo de escenas” en los cuales los significados de las informaciones se conducen unos a otros en un cuadro. En este sentido podría decirse entonces que cada forma fundamentadora de código proyecta hacia fuera su estructura en su universo de significado –que ella por tanto es una “forma simbólica”-, pero con la salvedad de que las formas fundamentadoras de códigos no trasciendan de alguna manera lo por ellas aludido, sino que se amalgamen en él. Uno puede observar claramente como surgen las formas fundamentadoras de códigos, como proyectan sus universos y como en definitiva se agotan.

El surgimiento de nuevos códigos fundamentadores es un acontecimiento raro, ejemplo de ello es la “invención” del código lineal en el siglo tercero antes de Cristo en el cercano oriente, otro es la “invención” del código técnico (de los así llamados códigos “audiovisuales”) en el occidente actual. En el primer ejemplo se puede observar bien como es que a partir de una forma fundamental de código, como sucede en los cilindros pictográficos mesopotámicos, se desarrollan innumerables formas secundarias de códigos como puede verse en los jeroglifos, las notaciones numéricas, alfabetos, códigos lógicos y los códigos de las ramas individuales de las ciencias; cómo en el transcurso de cuatro hasta cinco mil años de “historia” se han proyectado universos y se han vuelto a retirar, y como finalmente en el presente esta forma de código comienza a agotarse. El segundo ejemplo muestra como se reacciona a partir de este agotamiento de una forma fundamental de código: a través de la elaboración de una nueva forma fundamental.

Si regresásemos ahora a la imagen propuesta de un tejido cuyo pulso es dado por las informaciones, para traducir en ella lo recientemente pensado, se tendría que llegar a la siguiente tesis: la sociedad occidental es un tejido comunicacional programado principalmente por un código lineal (aunque obviamente también corren por sus hilos otras estructuras de códigos), y actualmente puede observarse como se disuelve este tejido, porque los códigos que programan linealmente están apunto de agotarse. Esto puede ser observado, porque dentro del tejido surgen islas dentro de las cuales latan códigos estructurados totalmente de otra manera –códigos técnicos como el de

la televisión, el código del tránsito, modelos, etc.-, y porque estas islas tienen la tendencia de descomponer el tejido completo de manera cancerígena. El tejido comunicacional occidental es incapaz de procesar estas islas, lo que significa que no es capaz de almacenar en su memoria las informaciones que allí laten, porque no está programado para este tipo de código. Por el contrario estas islas parecen ser por su parte incapaces de eliminar en ellas las informaciones del tejido occidental, lo que quiere decir de traducirlas desde el código lineal al técnico, algo así como pasar manuscritos a films y novelas a programas de televisión, o pasar fórmulas químicas a modelos atómicos y ecuaciones a programas computacionales.

Ahora si modificamos el punto de vista la misma tesis podría formularse de la siguiente manera: los que participan actualmente en la sociedad occidental (los puntos nodales en su tejido) están programados principalmente para el código lineal –aunque ellos puedan obviamente recibir y enviar también códigos de imágenes, códigos temporales espaciales, etc.-, sin embargo, ellos son incapaces de almacenar las informaciones que corren desde las islas de los códigos técnicos y que las riegan diariamente, porque ellos no están programados para este tipo de códigos. Es por esto que ellos se convierten en meras vías de tránsito para este tipo de informaciones –no propiamente memorias, sino canales-, esto es aquello que uno habitualmente llama los receptores de medios de masa. Al mismo tiempo se muestra el agotamiento del código lineal como una relajación de los puntos nodales, un adormecimiento de los hilos que los vinculan (la así llamada “masa aislada”) porque el depósito de informaciones codificadas es interrumpido constantemente por la infiltración de ruidos indigeribles (códigos no programados). Frente a esto las islas extendidas de las nuevas formas de códigos parecen estar en condiciones de incorporar las memorias individuales que se encuentran en disolución y de recodificar en un nuevo tipo de tejidos como el así llamado “cultura de masas” –dejar que ellas pierdan la “memoria lineal” y se anuden de otra manera.

El hombre occidental y la sociedad occidental son horizontes abstractos de un campo comunicacional concreto predominantemente programado para un código lineal, y están ahí solamente en función de este campo. En lugar de “programas” podría ser llamado evidentemente también “fe”, pues el programa es el modo en que un tejido comunicacional funciona, es decir el modo en que el hombre y la sociedad están ahí. El hombre occidental y la sociedad occidental están ahí sobre la base de una fe totalmente específica y sería un sinsentido querer hablar de un hombre occidental y de una sociedad occidental si no está presente esta fe.

De una fe específica en virtud de la cual nosotros estemos recién ahí – que por tanto no la tenemos sino que ella nos tiene-, podría decirse algo en la medida que se haga consciente que el es un programa de informaciones cifrado linealmente. Es la fe que el “mundo” es procesual, lo que quiere decir un acontecer; que “ser” es un devenir y por tanto la vida un avanzar frente a la muerte; que las cosas se “acontecen” por líneas; que el tiempo es una corriente inequívoca en la cual nada se repite y cada instante particular es irrevocable y único; que las cosas se despliegan una después de la otra y a partir de la otra y que se las puede explicar si se da cuenta de esta secuencia; que es posible

leer el “mundo” lo que quiere decir disolverlo en conceptos claros y distintos. Dicho brevemente es la fe de que el “mundo” tiene aquella estructura en la cual los símbolos se ordenan en códigos lineales. Dicho de otra manera siendo como somos memorias programadas principalmente para códigos lineales existen “aconteciendo históricamente” pues ellas creen que el “mundo” tiene una estructura “histórica” lineal.

Esta fe, este programa que no solo porta nuestra existencia sino que en definitiva primeramente nos produce, puede transmitir las más diversas informaciones, lo que significa proyectar los más diversos “universos de significado”, y de hecho también los ha transmitido y proyectado: por ejemplo el universo de la filosofía griega, de la profecía judaica, del mensaje salvífico cristiano, del humanismo, del marxismo. A pesar de las manifiestas diferencias es común a todos estos universos el que ellos estén estructurados linealmente, que su fe fundamental sea por tanto la “fe de progreso”: desde los fenómenos hasta las ideas, del mundo hasta Dios, del pecado hasta Cristo, del animal hasta el hombre integro, de la división del trabajo enajenado hasta la sociedad comunista, etc. Estos y otros universos han sido proyectados modificados y retirados a lo largo de la historia de occidente –la cual en sentido estrecho es la única historia, porque ella es el único tejido comunicacional, que esta programado predominantemente de manera lineal-, apartando otros universos que realicen en forma precisa el programa occidental.

Ahora podemos observar como el proceso del proyectar y del retirarse de los universos se acerca actualmente hacia su fin. El universo que fuera proyectado desde la ciencia natural es por cierto una realización definitiva del programa lineal. Está estructurado del mismo modo que el código lineal: puede ser leído perfectamente de manera exacta y teórica. Al retirarse un universo semejante no resta ningún programa más por realizar. A la base del universo de la ciencia natural el programa lineal mismo con el retirarse se haría visible en forma de lógica y matemática. La historia de occidente se agota en el universo de la ciencia natural porque se realiza en ella todo lo depositado en el programa occidental. Si uno retira este universo (“si se pierde la fe en él”), entonces se ha perdido la fe fundadora, en virtud de la cual se está ahí. Y uno tendría que retirar este universo como aquel otro también en la medida que se lo haya descubierto como una proyección.

La imagen propuesta puede servir como ilustración para la crisis actual de la cultura, en la medida en que muestra que en ella se trata de una crisis de fe. De una crisis, en la cual se disuelven nuestras memorias, porque su programa se ha agotado y porque ellas no están programados para asimilar informaciones cifradas de otra manera, brevemente: porque nosotros no estamos programados adecuadamente para las informaciones que nos rodean, para nuestro mundo codificado. Y esto nuevamente significa que nosotros en verdad no estamos realmente más ahí. Todos los otros síntomas de la crisis actual, por ejemplo, el asilamiento, la disolución de los vínculos más estrechos, el aflojarse de los métodos de almacenamientos de los así llamados “conocimientos y valores”, la ruina de la sociedad occidental y de su transformación en una cultura de masas, etc., son epifenómenos de esta pérdida de la fe –el hecho de que nosotros seamos cada vez menos capaces

de contener las informaciones recibidas al interior de una estructura fundamental, de reformularlas allí y de reenviarlas; que nosotros estemos al borde de desmoronarnos como memorias y por lo tanto de existir cada vez menos.

Este hondo abismo bajo nuestros pies en el que vamos cayendo es, sin embargo, al mismo tiempo, una apertura. La que permite no sólo proyectar imágenes como la que ha sido propuesta, sino que también alejarse de la crisis actual de la fe y mirar al interior de las nuevas islas que se van configurando. Nosotros mismos no vamos a transitar más al igual que moisés por esta tierra nueva, porque nosotros estamos enredados en las categorías para las que hemos sido programados aunque no creamos en ellas. Pero nosotros podemos observar ante todo con sentimientos dispares, como las generaciones mas jóvenes ya no alfabetizadas del todo se dirigen a conquistar este nuevo territorio, que busca pasar de la historia hacia la post-historia. Sin embargo nosotros mismo somos los inventores míticos de la escritura lineal: hemos perdido por cierto la fe que nos portaba, pero tampoco somos capaces de dar el paso hacia la nueva existencia. Esa es a la vez nuestra tragedia y nuestra grandeza: que somos una última raza y una primera, los fundadores incrédulos de la fe.